



MEMORIAL
MUNICIPAL



EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sabado 10 de Diciembre de 1921.

Número 50.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Si en vez de hacer estos comentarios de jueves á jueves, los hiciese de viernes á viernes ¡menuda plancha me tiro en el número anterior! Hubiese escrito, por ejemplo:

«Resulta que no quedan ya en España mas hombres civiles que los generales del Senado. Si admirable estuvo Alfau diciendo que se preparó una operación sobre Alhucemas sin ponerlo en su conocimiento, á pesar de ser él Alto Comisario entonces, no se quedaron atrás ni el general Villalba acreditando la verdad de la grave aseveración, ni el general Luque diciendo que él tampoco se enteró á pesar de ser ministro. La valiente afirmación de Luque da á la acusación de Alfau alcance y precisión mucho mayores y tiene el extraño mérito de no poner convencionalismo ni interés ninguno por delante de la dignidad y la justicia. Hombres de este temple, desde donde estén sirven, la conveniencia y el decoro de España.»

Así hubiera dicho yo el viernes 2 de Diciembre. Hoy no sé que decir. El general Luque ha llevado el martes al Senado pruebas (ó algo así) de que la operación sobre Alhucemas se le comunicó al general Alfau, y de que él, ministro entonces, se la sabía de memoria. El general Villalba ha intervenido floja y vagamente. Y el general Alfau, aunque ha sostenido su posición, no lo ha hecho ¿á qué negarlo? con la energía, y aun con la indignación que se esperaba.

El presidente de la Cámara ha puesto fin á la cuestión con la fórmula de «queda terminado el incidente».

Son admirables nuestros parlamentarios. De cualquier sandez hacen un debate de esos que se llaman *de altura*, con prodigios oratorios, y, en cambio, de un hecho que tiene gravedad en sí y además es revelador de todo un sistema, hacen un incidente. Y así vamos viviendo tan á gusto, ó por lo menos van viviendo tan á gusto nuestros parlamentarios.

Fuera de esa *operación* proyectada en el Senado y que no se ha llevado á efecto porque, así como en 1913 encalló el *General Concha*, ahora han encallado otros generales, nada ha habido en la semana política, á no ser que nos empeñemos en llamar *algo* á intrigas, idas y venidas, frases más ó menos huecas y oposiciones mas ó menos cotizables. Parece que la madeja se enreda y que va á haber crisis por el proyecto de ordenación bancaria ó por el *modus vivendi*; pero hasta ahora se va encontrando el *modus tirandi*.

De propósito no he querido meter entre las no bien olorosas cuestiones políticas lo del rescate de los prisioneros.

Todas las cuentas que ha presentado el señor Maura están muy bien. El rescate nos causaría bajas en mayor número que prisioneros tienen los moros en su poder; la dignidad de España no puede pasar por ciertas condiciones. Está bien, repito; pero la indignidad de España no está sólo en aceptar las condiciones propuestas, sino que puede estar también en no reaccionar contra un adversario que nos propone condiciones inadmisibles en asunto que no podemos abandonar. Esto olvidando que ya es indigno verse metido en tratos semejantes.

¿Qué hacer, señor Maura, si los moros no modifican sus pretensiones? ¿Abandonar á los prisioneros por temor de las bajas que podamos tener? Pues por doloroso que sea, y ya que de dignidad se trata, recuerde el señor Maura que las posiciones más dignas no suelen ser las que más dolores ahorran, sino al contrario. Ahora, como siempre, será difícil conciliar lo más digno con lo más cómodo. ¡Ojalá encuentre usted el medio!

Calumnia inconcebible

En el periódico *Prager Presse*, edición de la tarde del 2 del actual, se publicó el siguiente telegrama:

«SERIOS ACONTECIMIENTOS EN ESPAÑA.—ASALTO DEL PARLAMENTO DE MADRID

(SERVICIO ESPECIAL DE *Prager Presse*.)

Viena 2 de Diciembre.

En los círculos políticos de Viena se ha recibido la noticia de que en Madrid ha estallado un serio movimiento republicano. Fué saltado el Parlamento y quedó proclamada la República.

El Rey ha abandonado Madrid.

Gran parte del Ejército se ha mostrado partidario de la República á consecuencia de los acontecimientos de Marruecos.

Todavía no ha llegado ninguna confirmación de esta noticia.»

Protesto indignado de esa burla sangrienta que se hace de nosotros los republicanos que nos honramos desde 1909 teniendo por jefes á don Melquíades Alvarez y don Alejandro Lerroux, que nunca, sino en sus discursos de latiguello, nos empujaron hacia esa senda.

Sus nobles, constantes y desinteresados esfuerzos para apartar de nuestra patria querida los peligros de una revolución, les dan derecho á ser respetados y admirados por todos, lo mismo en España que en el extranjero, en vez de hacerlos blanco de pullas de mal gusto y cuchufletas de peor género como esa del periódico de Viena, por no haber preparado un movimiento revolucionario, como tantas veces ofrecieron.

Ruego á mis correligionarios que, aun cuando roben algunas horas á la trascendental labor á que hoy están consagrados,—designar las eminencias que debemos llevar á los Municipios en las próximas elecciones,—se dediquen á recoger firmas que adornen un documento redactado en estilo enérgico y viril desmintiendo la infame calumnia de que los republicanos podamos ponernos en contradicción con las enseñanzas y los ejemplos que nos dieron siempre los eminentes hombres de Estado que tenemos por jefes.

¿Levantarnos en armas nosotros? ¿Atacar Parlamentos? ¿Proclamar Repúblicas? Mal nos conoce quien de tales hazañas nos cree hoy capaces.

De aquella fama de levantiscos que tuvimos los españoles el siglo pasado, apenas si nos queda ya el recuerdo.

Y por esto debemos protestar los republicanos actuales de la broma sangrienta de que nos ha hecho víctimas ese periódico austriaco.

Decepciones explicables

Al recibir las primeras cartas de protesta contra Lerroux por su último discurso en el Congreso, pensé publicarlo todas. Después desistí, porque en algunas abundaban las frases mortificantes para el en otro tiempo incansable propagandista del *Maura*!

Mas hay una de la que voy á copiar dos párrafos:

«En estas noches de invierno me dedico á repasar las colecciones de EL MOTIN, para mí siempre de actualidad, convenciéndome más y más de que la vergüenza, la dignidad, la honradez y demás altas cualidades que se refi- jan en sus páginas, desaparecieron casi por completo en la política republicana.»

En lo que ha dado en llamarse de algún tiempo acá política republicana, sí ha desaparecido todo eso. En la idea republicana, no. Los que todavía la profesan desinteresadamente, conservan íntegras esas cualidades.

«El caudillo en quien tanto confiábamos, Lerroux, acaba de darnos el golpe de gracia, aplaudido por Maura. Yo que hace años y formando parte de una Comisión de... fuimos á visitarlo y ponernos á sus órdenes, he sufrido una decepción, no precisamente ahora con motivo de su discurso sobre Marruecos, sino antes ya; pero esto último ha acabado de convencerme de lo imbéciles que fuimos al ofrecerle á él para jugarlos la cabeza. ¡Farsante! Y como él la inmensa mayoría de los que hemos elevado en lo que va de siglo.»

Felicitese usted y los demás de la Comisión, de que su ofrecimiento no fuera utilizado. En caso de haberlo sido y salir mal la aventura, hubieran ustedes sido fusilados como Sánchez Moya, sin otra esperanza de premio que el de que sus desamparadas familias viesen un día disculpado su fusilamiento en el Congreso por un republicano de renombre, como á la de aquel desventurado le ocurrió.

Palabras de Melquiades Alvarez, que fueron con razón muy aplaudidas ante la estatua de Castelar en aquella gran manifestación celebrada en tiempos de la Conjunción republicana:

«¿Que vayamos á Marruecos? No podemos ir; no debemos ir; no queremos ir.»

Y ahora, en su último discurso en el Congreso ha declarado que debemos continuar la guerra, y marchar sobre Alhucemas y no dejar vivo un rifeño armado.

Y yo me digo:

Si entonces fué justo aplaudirle ¿por qué no ha de serlo silbarle ahora?

Y le silbo.

Lerroux, africanista

La aléluya del caudillo malo cuenta con un nuevo parecido: Lerroux africanista. Hace tiempo que se le

veía haciéndose el interesante con el anuncio de su discurso en el Parlamento. El quería hablar á última hora, cuando el debate estuviese acabándose. «Hablaré—dijo—cuando acabe de hablar el último acatarrado». Los hombres del catarro, Maura y Romanones ya han hablado, y Lerroux se ha levantado en el Congreso para defender la acción de España en Marruecos y para decir que hay que continuar la guerra.

Al llegar á la vejez, Lerroux es tan vanidoso como en su juventud; creía que su discurso sería una especie de trueno sensacional, y la verdad es que la opinión lo ha acogido con indiferencia. Los comentarios que ha suscitado no tienen el calor de la pasión, sino el frío del menosprecio.

¿Un estadista él, un hombre de Gobierno? ¡Ca! Para ser estadista y hombre de Gobierno no es bastante renegar, aun cuando no haya necesidad, de las propias convicciones radicales y revolucionarias. Este transformismo desconyuntado está al alcance de cualquier aventurero. Lerroux africanista hace el efecto de un acróbata de Circo que quiere llamar la atención por sus contorsiones violentas. El espectáculo es aburrido. El público prefiere un intermedio de payasos.

La Campana de Gracia.

El cícnico y el apóstata

Cuando un político incurre en venalidad ó apostasía—acaso en apostasía por venalidad—y hace de su vida ejemplo de doblez ó fariseísmo, su le ser costumbre decir que es un cícnico. Pero cícnico significa justamente lo contrario. Todos los grandes cícnicos fueron sinceros y mendigos. Aunque en la historia de sus vidas que ha llegado hasta nosotros haya mucho de leyenda, hay un rasgo común á todos ellos: pobreza é integridad. Unos son pobres de nacimiento, Antístenes, Diógenes y Monimo; otros, aunque ricos por su casa, renuncian voluntariamente á la opulencia, Krates y su mujer Hipargia (véase *La filosofía de los griegos*, de Zeller).

A la filosofía cícnica se la ha denominado filosofía proletaria. Pero, fuera de su anarquismo (negación del Estado y sus leyes) y de su internacionalismo (negación de las fronteras), el cícnico es un individualista fanático y tiene poco de común con el hedonismo ó utilitarismo moderno, que es la filosofía de la dicha de los más. Aunque pobre hasta la indigencia, el cícnico se tiene por el hombre más libre, por el único señor; precisamente para poder serlo renuncia á todos los bienes de la tierra. «Esclavo—dice Diógenes—, lo es sólo el que teme.» Por eso, cuando le apresan unos piratas y le venden como esclavo en Corinto pregunta él si hay alguien que necesite de un señor.

El apóstata por venalidad, el plebeyo revolucionario que se vende al príncipe y á todos los poderes constituidos por concupiscencia es la antítesis del cícnico. Sólo Menipo, el mal cícnico, originariamente esclavo fenicio, es avaro y farsante, y cuando le roban su dinero se ahorca de desesperación.

Los demás hacen voto de pobreza y desdénan las dignidades y negocios humanos, salvo los perentorios é ineludibles, y cuando Alejandro pregunta á Diógenes si quiere algo de él, contéstale el filósofo desde su tonel que no le haga sombra. El apóstata, al revés, busca la sombra del príncipe, y aunque simule combatirle en público, le busca en privado y colabora á sus empresas, sobre todo si en ellas hay lucro. El apóstata se parece más bien á Aristipo, el fundador de la escuela círenaica, escuela de sensuales desvergonzados. Al cícnico le parece estúpida toda guerra, y más estúpido aún que se la preconice por tal ó cuál interés de sumisnistros, porque á él le basta un mendrugo v el hueco de la mano para beber agua. No podría decir otro tanto el plebeyo apóstata.

Pero, sobre todo, lo que distingue al apóstata farisaico, hipócrita ó vergonzante del cícnico, es la diferencia de sinceridad, de publicidad. El cícnico es un hombre público hasta en la ejecución de sus necesidades más íntimas y vergonzosas. El apóstata, sin valor moral, en cambio, se torna cada vez más hombre privado, más clandestino, y cuando de tarde en tarde reaparece en público pónese tan demañada máscara tartufo, que hasta á sus más próximos produce vergüenza y repugnancia. Cabe una especie de apostasía cícnica, no en la virtud de la austeridad, sino en la de la franqueza: una apostasía que fuese un tránsito público y valeroso de una actitud contraria. A esta clase de tráfugos, después del primer momento de sorpresa é indignación, acaba la gente por perdonarlos ó olvidarlos, por indultarlos ó amnistiarlos, porque el engaño se hace ostensible y por una sola vez. A quien no se perdona es al tráfugo vergonzante, al apóstata antcícnico y cobarde porque al engaño de su capitulación quiere sumar el engaño de ocultarla. Quiere engañar al príncipe fingiéndole que está contra el pueblo, y al pueblo simulándole que está contra el príncipe. Pero, á la larga, él es el único engañado de sí mismo y el despreciado de todos.

El cícnico es siempre igual á sí mismo, idéntico en su pensamiento y en su conducta. No conoce la doblez y la falsía; la unidad de la idea y la conducta es precisamente su máxima virtud. No es un enemigo del Estado que se lura á su sombra y se dejé proteger por sus guardianes de enemigos imaginarios. No es un plebeyo que aspira á cortejano, ni un revolucionario que cotiza á los pies del príncipe el precio de la revolución. No; la política contemporánea no es terreno propicio al cícnico, desgraciadamente; pero sí al apóstata histriónico y vergonzante, porque en vez de estimarse como odiosa y vituperable su indignidad, se la juzga como signo de elegancia y talento. ¡Y acaso también como prueba de patriotismo!

LUIS ARAQUISTAIN

(La Vos.)

Ya afilan las uñas

Alerta, lector querido, y abróchate bien la americana, que ya están conspirando contra tu bolsillo los pedigüños de todos los años.

Gimen ya las prensas elaborando postales y cartulinas con colores chillones y unos versos infames, con lo que se quiere

paliar un ataque á tu bolsa que no tiene razón alguna que lo justifique.

—¿Que se conmemora el nacimiento de Cristo? Bueno, ¿y qué?... ¿Que tiene que ver esto para que á mí se me obligue, en virtud de una rutina absurda, á desprenderme de nnas cuantas pesetas?

—Le felicito á usted las Pascuas—nos dice el pediguño tendiéndonos una postal, verdadero atentado á la poesía y al arte.

—¡Caramba! Tantas gracias; también yo le felicito á usted por tan fausto suceso. ¿Qué espera usted?

—Alguna propina para ayuda de los clásicos turrón y pavo.

—¿Y á mí que me dá usted? Porque yo también como eso, si puedo, y también soy hijo de Dios y cristiano, como usted, y estoy también que me basta el cuerpo de alegría por el nacimiento de Cristo. Conque vengán esas pesetas.

Pero el pediguño no se dá á razones y se larga echándonos una mirada como un batiisco.

Ya que no haya en los incantos paganos la fuerza de voluntad necesaria para cortar radicalmente esta costumbre imbécil, las peticiones de aguinaldo y las propinas deberán ser mutuas.

—Buenas, señor Braulio. Aquí venía á darle á usted esta postalita; que pase usted unas fiestas muy agradables.

—Pues aquí tenía yo preparada esta con el mismo objeto. Podemos cambiar.

Y, de este modo, habría un trasiego de postales sin consecuencias lastimosas para el bolsillo. ¿Que alguien se corría y daba una peseta? Pues el receptor de la dádiva alargaba otra, y todos contentos, agradecidos y sin soltar un céntimo.

Pero no se entiende así. Ha de haber una víctima inmolada á manos del carbonero, el vicatero, el sereno, cartero, vigilante, portero, camarero, acomodador, limpiabotas, etc., etc. Toda una mesnada de lobos hambrientos que, tomando á Cristo por tapadera, caen sobre nosotros como bandoleros en descampado.

Ya afilan las uñas, lector; ponte en guardia. Para aturdirte te asulan y te sueltan cada rociada poética que tumba de espaldas.

Por ser tu rostro hechicero
y andando siempre entre ascuas,
te felicita las Pascuas

El Portero.

O esta otra:

Tras uno y del otro en pos,
como eterno caminante,
para turrónes te pide
un óbolo

El vigilante.

O un alarde romántico-limpiabolsillos como este:

¡Ay de mí que entre negruras
vivo como un prisionero!...
¡Dios te colme de venturas!
Lo desea

El carbonero.

Claro está que lo primero que se le ocurre al atracado al apachugar con estas cuartetas, es coger un revólver y soltar cuatro tiros al que se ponga por delante. Pero viene el sedante de los deudos y amigos y la voz insinuante de la esposa, que dice:

—Hombre, no te pongas así... Es una vez al año... ¡Si tú estuvieras en su caso! Y de este modo pasan años y años y to-

dos seguimos ejerciendo de *primos* perpetuos.

¡Le digo á usted, señor guardial...

FRAY GERUNDIO

NOTICIA CURIOSA

El último descendiente de una antigua familia de Ginebra, el Sr. Eugenio de Speyr, que actualmente reside en Avignon, reveló hace poco al Consistorio de la Iglesia protestante de Ginebra el lugar exacto donde Juan Calvino fué enterrado el 27 de Mayo de 1564.

Por el natural recelo de que su sepultura fuese profanada por los católicos, Calvino fué enterrado secretamente sin indicación visible de su sepultura.

Durante tres siglos únicamente la familia Speyr supo donde estaba enterrado: se transmitían el secreto de padres á hijos con la promesa de no divulgarlo mientras hubiera un descendiente.

El Sr. Speyr, siendo hoy el único de aquella familia, ha resuelto poner en cenocimiento de la iglesia calvinista el lugar, sagrado para ella, donde está sepultado su fundador.

Hace pocos días han empezado las excavaciones que se espera den por resultado el hallazgo del cadáver y de una sortija y una Biblia que fueron depositadas en el ataúd.

Me alegraría que lo encontrasen, para solazarme con los espectáculos gratuitos que darían al mundo los calvinistas en su religioso deseo de honrar la carroña del asesino de Servet.

Estoy cada día más aburrido y muy necesitado, por lo tanto, de emociones fuertes.

EL MORRADO GREMIO DE RATEROS

—Oiga usted; yo soy ratero, me dedico al hurto de pañuelos y portamonedas de señoras, y vengo á que usted, periodista, proteste en nombre mío y en nombre de mis compañeros contra la actitud que con respecto á nosotros han adoptado los polizontes, *guindis*, *gilts* ó *guindillas*—como usted los quiera llamar. No nos dejan vivir; cuando no le tienen á uno cumpliendo *quincena* con prórroga, le dan los tres avisos, y al chiquero antes de que uno tenga tiempo para nada.

Y es lo que yo digo: nosotros no afanamos en grande como otros, y nosotros pasamos hambre y miseria y encarcelamientos y otros fieros males, en tanto que los del *entierro* y congéneres viven como príncipes, triunfan y andan libres sin temor, dispuestos á darle un timo al lucero del alba que pase por la Puerta del Sol ó la calle de Alcalá. ¡Le digo á usted que en Madrid no se puede vivir como no tenga uno padrino de valía!

Usted verá. ¿Que yo apando un pañuelo? Me apropié una *quincena*. ¿Que uno de esos roba un alfiler, ó una cartera ó un cronómetro? Se queda con el objeto si la víctima es un alma de Dios; pero si tiene

influencias ó es personaje, ya sabe usted lo que pasa: el *Fulano* recibe un recadito, así sobre poco más ó menos: «Se que te has encontrado (aquí el nombre del objeto) su dueño es don Fulano de Tal que vive en cual partes. Y aquel mismo día el robado recibe en su casa la prenda perdida».

¿Quiere usted más? Pues oiga:

A D..., médico forense, le robaron un día un reloj por la mañana; á la tarde, hallándose en el juzgado, refirió lo que le había sucedido, y un sujeto que había ido á declarar como testigo en un proceso por lesiones, lo llamó aparte y le dijo: «Usted curó muy bien á mi hermano en tal ocasión; esta noche á las nueve acuda usted al café de Varela y le entregaré á usted su reloj; ya diré á los compañeros que á usted ¡ai tocarle al pelo de la ropa!»

Y efectivamente ocurrió así. El protector del médico era un simpático muchacho, decididor y elegante, hijo de un gran poeta cuyos versos se los aben de memoria todos los españoles que hayan estado alguna vez enamorados.

Y yo protesto, sí; yo protesto de que los peces gordos se escapan de todas las redes, mientras que nosotros caemos irremisiblemente ¡á veces por un pañuelo de bolsillo!...

Este muchacho fino, largo, sabandijero, si ustedes aceptan tal palabra, me da tales razones con honda tritiza, protestando contra la irritante desigualdad social que absuelve á los grandes y condena á los pequeños.

¿Tiene razón?... Yo, por consolarle, le repetí las palabras del filósofo insignie: «La vida es perpetua carnicería en donde los seres se devoran entre sí; es forzoso, es ineludible elegir entre ser devorador ó devorado; á los segundos se les llama tontos, mártires, buenos, ¡pero son comidos!; á los primeros se les llama algunas veces ladrones, asesinos otras... ¡pero comen! Elegid.»

J. MARTINEZ ALBACETE

El protóxido de hierro

La escena en casa de un dentista que se titula norteamericano y que no ha podido en el tiempo que lleva establecido, *reponer siquiera la ropa que tiene puesta*. Suena la campanilla, y á los pocos momentos entra en el gabinete un *gitano* alto, fornido y con aires de tener dinero.

Trae un carrillo hinchado y como un tomate y viene dando muestras de dolor y miedo.

—¡Ay! ¡Ay! ¿Dá usted permiso? ¡Ay!
—Pase, pase usted adelante.
—¡Ay! Dios le dé mu guenas tardes.

¡Ay!

—Vamos á ver, ¿qué le ocurre á usted?
—¡Ay! ¡Maresita é mi arnal! Ua doló mu aperrao en tó este lao de la cara. ¡Ay! No aperrao, no grite usted. Venga aquí, á la luz, y váremos lo que hay.

—¡Ay! No me vaya usted á meté ná, ¡qué me dá más mieco...!

—No, no es más que para registrar el maxilar.

—¡Ay! Quite usted. ¡Qué me he de dejá meté yo ese espejillo en la boca! ¡Ay! ¡Ay!

—Es indispensable, para ver si ha interesado algún tejido inmediato.

—¿Se quíe usted cayá? Si es la muela,

esta arrastrá que malos mengue se la yeven. ¡Uff! ¡Qué punzá! ¡Ay!

—Vámos, sientese usted en el sillón.

—Me va á dolé?

—Nada, no señor.

—No?

—No, nada.

—¡Ay, qué alegría! Ya no me duele. Nada. No me la saco ya.

—Eso es un efecto nervioso, producido por el miedo. Debe usted sacársela y muy pronto, pues de lo contrario le puede dar qué sentir.

—¡Pero si ya no me duele!

—No importa; mejor que mejor. De lo contrario, ¡sabe Dios lo que le puede á usted ocurrir! Vámos á verla. Así.

—Mucho cuidado.

—Ninguno. ¡Pero si no abre usted la boca, será imposible!

—¿Es preciso?

—¡Naturalmente! (aparte). ¡Vaya un bruto! (mirándole la boca). ¡Jesús! ¡Cómo tiene usted la boca! ¡Toda verde!

—Es que me dijeron que mascara peregil, y...

—¡Mal me huele esta muela!

—A peregil.

—No; digo que hay que extraerla.

—¿No hay más remedio?

—No hay otro.

—Pus andando. ¡Qué caracoles! Pero...

—Mande usted.

—Que no me vaya á dolé. ¿No hay una cosa inventá pa que no duelan los tirones?

—Sí, señor.

—Pus póngamelo usted. ¡Ay! Ya me vuelve er dolé. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!...

—Vámos, tranquilícese usted, que todo eso desaparecerá como por encanto.

El dentista da vueltas por el gabinete buscando algún cacharro con el que misti ficar un anestésico, y por último coge un frasco de boca ancha que había tenido protóxido de hierro, y mientras lo llena de agua procurando no ser visto del paciente, le dice:

—¡Ah! Le advierto á usted que sin dolor cuesta diez pesetas, y con dolor cinco.

—¡Sin dolor! No me importa á mí ná el parté. ¡Ay!... ¡Ay!

—Pues cuando usted guste.

—¡Pero para qué mete usted esos alicates en agua?

—Estos no son alicates ni esto es agua.

—¿No?

—No, señor. Esta es una dentuza y esto es un anestésico, última palabra de la ciencia dental.

—¿Y dice usted que con eso no me va á dolé?

—Nada. Ya verá usted. Tan sólo con haber humedecido el aparato con este preparado, como con la mano.

—En fin, bueno. ¡Cómo ha de ser!

—A ver, abra usted bien la boca.

—¡Ay!

—Vámos, valor. Así, muy quietecito. ¡Uff!

El gitano dando un fuerte berrido y cayendo desvanecido en el sillón: ¡Ay!...!

—¡Ya está! ¡Ve usted como no duele con el anestésico!

El gitano recobrando el conocimiento: ¡Ay! ¡Ay!

—No, no se queje usted, porque no ha podido dolerle.

—¡Cál! Ni por soñación. ¡Vaya una cosa buena! ¡Y como se yama esto! A ver... cogiendo el frasco y leyendo. ¡Ole! Protóxido de hierro. Voy á echarme una mijita en los mocos. Así.

Se frota las manos con el agua e inmie-

diatamente le suelta al dentista un par de bofetadas mayúsculas.

—¡Socorro! (grita el dentista) ¡Que me mata este hombre!

(El gitano viendo entrar á la familia desfavorida.) —No asustarse, que no le habrá dolido ná, porque ha sido con Protóxido.

R. DE SANTA ANA

Así se escribe la historia

Murió el pobre sacristán de las monjas de Hortaleza y al morir dió de cabeza en el reino de Satán, parando en tan mal recinto por ir fringir desatento yo no sé que mandamiento entre el séptimo y el quinto.

Repuesto de la caída, el inquilino reciente examinó diligente la satánica guarida.

Y apenas pasó el dintel, vió con ira en un retablo tendido á los pies del diablo al arcángel San Miguel, blandiendo espada luciente el señor de los infiernos y el santo con unos cuernos hasta la pared de enfrente.

¡Ah! Desbordándose en ira ante la rara escultura, con rabia gritó:—¡Impostural! ¡Mixtificación! ¡Mentira!

Iba ya como una fiera sobre el grupo con furor, cuando un diablo historiador le advirtió de esta manera:

«Pero, necio, ¿qué motiva tan extraño frenesí? Pues qué ¿no se escribe así la historia por allá arriba?

E. SEGOVIA ROBERTI

Señores que viven divinamente á cuenta de si Cristo fué crucificado hace veinte siglos, multitud de bribones que medran á la sombra de aquellos, y millones de tontos que pagan el pato que unos y otros se comen...

Estos son los que hoy dicen que rinden culto á la religión católica en España.

Así se explica que apelen á todos los medios para difamar, perseguir y anonadar á cuantos vierten ideas que pueden poner en peligro las sagradas creencias de su estomago.

¿Por qué no cobran los sacerdotes por dar el viático ni la extremaunción?

Porque esos dos sacramentos son de siembra: la cosecha viene luego en forma de entierro, funeral, responso, cabos de año y misas para sacar del Purgatorio á los interfectos.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Pedro Cantón, Cenicero, 5 pesetas. Juan Ayllón, Peñarrubia, 4; Rafael Domínguez, Idem, 4; Pío y Emilio Salt, Algimia de Alfara, 10; Francisco Herrero, Idem, 4; Rosendo Ioba, Cabaña Derecha, 2; Celestino Marco, N. G. Torrijos, 1.

Campillo, Zaragoza, 4; Enrique Cañizo, Malagón, 5; José Romero, Carrascosa de Haro, 4; Antonio Zamora, Dalias, 4 pesetas. N. G. Torrijos, 1.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Peñarrubia.—Juan Ayllón. Abonada su suscripción á fin Diciembre 1922.

Idem.—Rafael Domínguez. Id. á fin Diciembre 1922.

Ronda.—Francisco Martín. Id. á fin Enero 1923.

Cabaña Derecha.—Rosendo Ioba. Id. á fin Diciembre 1922.

Molina de Aragón.—Celestino Marco. Idem á fin Diciembre 1922.

Zaragoza.—Pedro Campillo. Id. á fin Diciembre 1922.

Malagón.—Enrique Cañizo. Id. á fin Diciembre 1922.

Sagunto.—Vicente Blasco. Id. á fin Diciembre 1922.

Cedeira.—Hermanos Arrivi. Id. á fin Febrero 1923.

Carrascosa de Haro.—José Romero. Id. á fin Diciembre 1922.

Dalias.—Antonio Zamora. Id. á fin Enero 1923.

Sanlúcar de Barrameda.—F. Martínez. Id. á fin Diciembre 1922.

Novés.—Nicanor Gómez. Id. á fin Diciembre 1921.

Segovia.—Vicente Arévalo. Id. á fin Diciembre 1922.

Monzón.—Antonio Foj. Id. á fin Febrero 1923.

Puerto de Masarrón.—Francisco J. Hernández. Id. á fin Noviembre 1922.

Zafra.—Julian Vitorique. Id. á fin Diciembre 1922.

Isla Cristina.—Demófilo Vitorique. Id. á fin Diciembre 1922.

Arcos de la Frontera.—Máximo Carreira. Id. á fin Diciembre 1922.

Ferral.—José M. Sanjurjo. Id. á fin Diciembre 1922.

Valle de Santa Ana.—José Corbacho. Id. á fin Diciembre 1922.

Barcelona.—Fabian Palasi. Id. á fin Diciembre 1922.

Bejar.—Pedro González. Id. Diciembre 1922.

Tarragona.—Pedro Loparena. Id. á fin Diciembre 1922.

Gelsa de Ebro.—M. Falcón. Id. á fin Septiembre 1922.

Estella.—Jose Castro. Id. á fin Diciembre 1922.

Baesa.—Agustín Moreno. Id. á fin Noviembre 1922.

Medina de Rioseco.—Obdulio López. Id. á fin Diciembre 1922.

Tremp.—Luis Bernardas. Recibido su giro de 11,70 pesetas á cuenta.

Vegadeo.—P. Martínez. Id. de 5,80 á cuenta.

Santa Coloma.—Jorge de Gracia. Id. de 40 á cuenta.

Algeciras.—José Trelles. Id. de 9,65. Conforme.

Santa Cruz de Tenerife.—J. Fernández. Id. de 24. Conforme.

Albacete.—Juan A. García. Id. de 7,80. Conforme.

Cullera.—Federico Roselló. Id. de 48. Gracias.

Utrera.—Enriqueta González. Id. de 2,40. Conforme.

Barcelona.—Francisco Capurro. Id. de 20. Gracias.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valcecilla, 2.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid